

CUERPO

ROGER M. PERUGA
PAU SITJAR

CUERPO

MEMORIAS DE HARLECK III



MARLOW

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salvad Ardid Asociados

 MARLOW es un sello editorial propiedad de  edhasa

Primera edición: mayo de 2017

© Roger Martínez Peruga y Pau Sitjar Poca, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelonas

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-92472-55-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 7111-2017

Impreso en España

Índice

Capítulo I. El Consejo de los Cinco.	13
Capítulo II. Bienvenida	32
Capítulo III. Un largo asedio	46
Capítulo IV. Tanón	61
Capítulo V. Victoria	74
Capítulo VI. Batalla en los túneles.	98
Capítulo VII. Un amargo regreso	117
Capítulo VIII. Confianza	132
Capítulo IX. Dos enemigos	149
Capítulo X. Barlin	162
Capítulo XI. Deudas olvidadas	174
Capítulo XII. Dos destinos	192
Capítulo XIII. La mente despierta	202
Capítulo XIV. En lo más profundo	216
Capítulo XV. Traición y promesas.	229
Capítulo XVI. El enlace	238
Capítulo XVII. Renacer	255
Capítulo XVIII. Esperando la señal.	262
Capítulo XIX. Empeño	273
Capítulo XX. Parthaón.	281
Capítulo XXI. Acecho	297
Capítulo XXII. Vida amarga.	301
Capítulo XXIII. Una despedida silenciosa	313
Capítulo XXIV. El sueño de un rey	325
Capítulo XXV. Palabras y hechos	338
Capítulo XXVI. Primeros pasos.	350
Capítulo XXVII. Gotas y mares.	361
Capítulo XXVIII. Valentía.	374
Capítulo XXIX. Lo que nos une	386

Capítulo XXX. Reconciliación	396
Capítulo XXXI. La moral del pirata	413
Capítulo XXXII. Herumas	431
Capítulo XXXIII. El camino de la ambición	442
Capítulo XXXIV. Juicio	466
Capítulo XXXV. Grulhas	478
Capítulo XXXVI. Ilusiones	490
Capítulo XXXVII. La decisión del mercenario	504
Capítulo XXXIX. La historia de un mundo	530
Capítulo XL. Pointhos	541
Capítulo XLI. Narvok	551
Capítulo XLII. Un amor agridulce	560
Capítulo XLIII. Mi señor lord Crandor...	572
Capítulo XLIV. Captura	583
Capítulo XLV. El capitán inmortal	588
Capítulo XLVI. Cartas a un amigo	599
Capítulo XLVII. El sueño de un anciano	615
Capítulo XLVIII. Revelación	624
Capítulo XLIX. Campanas en Elfort	629
Capítulo L. La gloria perdida	638
Capítulo LI. El despertar.	661
Capítulo LII. Sin contemplaciones	666
Capítulo LIII. Sin salida	676
Capítulo LIV. El guerrero más poderoso	689
Agradecimientos	696

Profecía

Antes que la búsqueda quede completa
un hijo de la guerra emergerá
de la tierra del bien obsoleta
del fruto del hielo tras mar.

Aun el niño sin vida oculto
hasta el día permanecerá
en el que su alma acepte
el poder más alto jamás.

La muerte del lazo más unido
la fuerza dará al portador
cuando el futuro sea visto presente
por quien el lazo más fuerte rompió.

Un héroe oculto al mundo
destinado a truncar el mal
creado ante la ira de un dios maldito
que ya nunca más renacerá.



Groathar



Capítulo I

El Consejo de los Cinco

Otoño de 1868

Aquella mañana, unas nubes opacas avanzaron sobre el cielo de Kansid y cubrieron los edificios de la ciudad y a sus habitantes con un oscuro manto. Un viento silbante recorría las calles y agitaba con violencia las banderas del imperio, como si quisiera arrancarlas y hacerlas desaparecer de aquel lugar.

Valdor Arsent, el maestro de Leyes, arrebuñado en un grueso abrigo, atravesaba la avenida principal de la capital del imperio, caminando penosamente contra el viento que impedía su avance. Su pelo grisáceo se mecía de un lado a otro y dejaba ver una calva incipiente. Sus ojos escrutaban con atención todo lo que lo rodeaba.

El otoño había llegado al fin a Kansid después del verano más sofocante que se recordaba en años y, pese al tiempo ventoso y frío, comerciantes y campesinos invadían las calles de la ciudad y las llenaban de vida con su ajetreo.

La vía Magna atravesaba la ciudad en línea recta y la partía en dos como la espada de un soldado. Apretujados a ambos lados de la calle, cientos de puestos y tenderetes ofrecían para su venta todo tipo de artículos y mercancías. En Kansid cualquier día era un día de gran actividad, pues miles de personas se desplazaban continuamente de un lado a otro para comerciar entre voces y gritos. Valdor, que había visitado casi todas las ciudades del imperio y algunas otras fuera de éste, no conocía una urbe tan prominente como Kansid. Aunque Elfort fuera más poderosa o Jena más próspera, Kansid, la capital del imperio, tenía algo

distintivo. Pues quienes vivían en Kansid lo hacían en el corazón del imperio y, desde hacía dieciséis años, también en el de Harleck.

Sin embargo, hasta el centro del mundo podía tener debilidades. Desde la partida de Valra, las ciudades y caminos del imperio habían quedado desprovistos de protección frente a los bandidos y los saqueadores... y también aumentaba la desobediencia a la ley por parte de la nobleza.

Así, en pocas semanas, los casos de corrupción, la actividad de contrabando y los robos y asaltos se habían multiplicado de forma preocupante. Valdor recordó, molesto, la enorme cantidad de denuncias e informes que cubrirían su mesa durante las semanas siguientes. El maestro de Leyes pasaría largas noches estudiándolos hasta que, con un giro de su muñeca y un poco de tinta, enviase a decenas de hombres a prisión o al cadalso.

Valdor prosiguió su camino y, pese a que iba desprovisto de escolta, muchos de los transeúntes, al verlo, se apartaban y lo dejaban pasar. No había una sola persona en la capital que no supiera quién era él, que no lo respetase y temiese.

Aun así, a Valdor no le agradaba ser el centro de todas las miradas. Desde pequeño fue un niño tímido, demasiado temeroso de hablar, ya fuese por miedo o cautela. Sus pensamientos sólo estaban reservados para él y sus más allegados. Pero el destino era caprichoso y no estaba exento de ironía. Pues, sin que él pudiese hacer nada para impedirlo, Valdor era, tanto si le gustaba como si no, una de las personas más influyentes del imperio humano.

No obstante, era su obligación y, aunque su carácter seguía siendo introvertido, también tenía un gran sentido del honor y del deber. Nadie diría jamás que Valdor Arsent era un cobarde.

Su edad avanzada empezaba a pasarle factura y, como no había dejado de apretar el paso, el maestro de Leyes resoplaba con dificultad cuando llegó a ver los robustos muros del castillo, en los que aún podían distinguirse estatuas y relieves representando escenas del pasado. Cinco torres se elevaban hacia el cielo y se proyectaban sobre la ciudad, como la mano de un gigante que tratara de abarcar sus edificios con un solo gesto.

Pronto a los comercios los sucedieron los lujosos palacios de las familias más influyentes de la ciudad. Los escudos de las familias más

significadas se distinguían en los pabellones que colgaban de las balconadas, destacaban en los muros y arcos de las puertas y aparecían en los petos de los hombres que guardaban las posesiones de sus amos. Valdor aún recordaba el tiempo en que aquellos emblemas eran los que dominaban lo que antaño fuera un reino próspero. Cientos de familias nobles rendían pleitesía a Ardalion IV y por ello eran recompensadas con poder, soldados y oro. Valdor no pudo evitar sonreír al pensar en aquello. ¡Cuánto había cambiado el mundo en tan poco tiempo!

A lo lejos sonaron unas campanadas graves que se unieron al silbido del viento. El día llegaba a su medio y un nuevo combate daría comienzo. En breve, al igual que un soldado antes de una batalla, plantaría cara a sus enemigos.

Valdor pasó instintivamente la mano sobre su chaleco. Rozó con sus dedos una fina cuerda plateada que colgaba de su cuello hasta que notó el frío tacto del metal. Un anillo de color azulado bailó entre sus dedos. Eso lo reconfortó y alivió en parte su pesar.

Siguió caminando, aún con la joya fuertemente agarrada, con el irracional temor de perderla si la soltaba.

Un grueso muro separaba al castillo de la capital del imperio. El único acceso al interior se encontraba al final de la avenida principal por la que Valdor caminaba apresurado. En el pasado, las mansiones nobles habían ocupado todo el terreno adyacente al muro, pero hacía unos años Franz Smuggler había ordenado arrasar todas las edificaciones próximas a la muralla, como medida de prevención.

De ese modo, cualquier enemigo que tratara de asaltar castillo de Kansid tendría que avanzar por una superficie sin obstáculos, en la cual no encontraría protección alguna contra las saetas que le dispararían los defensores de la fortaleza.

Por su parte, Valdor había lamentado la devastación de aquellas mansiones y de sus hermosos jardines. No se consideraba un buen estratega, pero atribuía la destrucción de los palacios al temor enfermizo de un viejo. ¿Qué motivo podía tener Franz hacer aún más inatacable la fortaleza más inexpugnable del mundo?

Valdor tragó saliva y apretó su anillo con más fuerza. Muchos pensaban que Marfor era el hombre más letal de todo el imperio, pero se equivocaban. Pues todos los reinos que el soberano podía domi-

nar Franz Smuggler también podía conquistarlos, y, a diferencia de Marfor, lo haría sin moverse de su silla, sin empuñar una espada ni lanzar un hechizo devastador. Aquellos que hacían de la intriga su arma eran sin duda las personas más peligrosas que podían existir.

El bullicio de la ciudad hacía rato que se había desvanecido cuando Valdor alcanzó el rastrillo del muro. La puerta estaba vigilada por una decena de soldados, los cuales, al reconocerlo, se pusieron firmes.

—¡Lord Arsent! —le saludó el capitán de la guardia.

—Capitán Lesscar... —respondió Valdor solemnemente mientras ocultaba su joya entre los pliegues de su ropa—. ¿Soy el último en llegar? —preguntó para hacer tiempo mientras la reja se alzaba.

—No, milord, lord Crandor no ha regresado todavía.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé, milord. No nos han informado.

Valdor asintió, distraído. Tras un sonoro crujido, la reja quedó encajada en lo alto de la puerta y Valdor se despidió del capitán y de sus hombres.

Pudo ver el enorme patio de armas. Durante meses cientos de soldados de mérito se habían ejercitado en él, hasta que Valra se los llevó.

A izquierda y derecha, unas escaleras ornamentadas ascendían hasta las puertas de hierro del castillo. Estaban custodiadas por un único hombre, quien se apresuró a abrirlas al verlo aproximarse.

Varios fuegos ardían en las chimeneas y proporcionaban al interior del edificio un calor propio del verano. Un largo pasillo conducía a la Sala del Trono, en donde Marfor, el rey, daba audiencia. Por suerte, su destino era otro, aunque no menos amargo.

Tomó otro corredor, que lo condujo a la base de una de las cinco torres. Ante el primer escalón, Valdor aguardó unos instantes para tomar aliento. Desde que había abandonado su casa el maestro de Leyes no había dejado caminar a toda prisa, azuzado por sus propios miedos y preocupaciones. Contempló la oscuridad que lo esperaba más allá de los primeros escalones. ¿No se le podía haber ocurrido a nadie encender una mísera antorcha para evitar que se matara en el ascenso?

Afortunadamente, no cayó escaleras abajo y alcanzó sin novedad la entrada a la Cámara de los Cinco. Era en aquella sala, una estancia que Valdor conocía muy bien, donde se reunía con las perso-

nas más poderosas del imperio. Era ahí dentro donde todo ocurría. Todo, desde la imposición de una tasa al inicio de una guerra, se decidía en aquel lugar. Y, muy a su pesar, era el lugar donde él debía estar. Pasó la mano por el bulto del anillo bajo su ropa por última vez y, sin pensarlo más, abrió las puertas de la Cámara.

Una mesa ovalada ocupaba el centro de la sala. En ella los sirvientes habían dispuesto jarras con vino y copas doradas, y seis sillas a su alrededor. Una de estas estaba vuelta hacia la pared. Era un asiento esculpido con finos grabados y se parecía a un trono, aunque más cómodo. Valdor dio un respingo cuando vio que estaba ocupado.

–Bienvenido, lord Arsent, acércate y prueba estas cerezas. Son las primeras de todo Kansid. He pagado diez veces su peso en oro para conseguirlas –comentó Regor Gradio, a la vez que extendía su brazo rollizo sobre una fuente dorada en la que aún quedaban algunas gruesas cerezas.

Valdor suspiró aliviado, pues no era el soberano quien se sentaba en la silla principal, y se dirigió a su puesto habitual.

–No, gracias –repuso, algo molesto por haberse sobresaltado sin motivo–. ¿Por qué te has sentado ahí, Regor?

Valdor se puso a su lado mientras contemplaba la oronda figura de lord Gradio, quien, a su vez, lo observaba atentamente con sus diminutos ojos oscuros. Unas gotas rojas se escapaban de los labios de Regor y recorrían su barbilla abultada hasta acabar acumulándose en su papada prominente. Se limpió la cara con una servilleta, sin dejar de analizarlo con la mirada.

–¿Importa donde se siente uno? Éste es más cómodo y amplio. Me temo que si sigo sentándome en mi silla habitual acabaré protagonizando una escena de lo mas embarazosa –respondió Regor mientras esbozaba una sonrisa tímida.

–Importará si Marfor te descubre. Tú no eres el rey –concluyó Valdor.

Regor emitió una sonora carcajada que agitó sus carnes abultadas. Las finas telas que cubrían su cuerpo vibraron con la agitación de sus brazos. Valdor apartó la vista, incómodo, pero Regor recuperó su atención tomándolo del brazo.

–¿Si Marfor me descubre? ¡Oh, mi querido Valdor! Ambos sabemos que el monarca tiene cosas más importantes que hacer que

preocuparse de quién se sienta en su silla en el Consejo. Además, para que me descubriera primero tendría que aparecer, cosa que no ocurre desde... ¿cuándo?

–Nunca –completó Valdor.

Realmente no sabía por qué le había dado tanta importancia al infantil desafío de Regor. Ya era habitual ver al mercader provocar de mil maneras a cada uno de los miembros del Consejo. Como era el único consejero que no debía su puesto a Smuggler, no estaba sujeto al férreo dominio del anciano, cosa que lo alteraba sobremedida. Y, tras más de cinco años acompañando a Regor en el Consejo, Valdor sabía que el maestro del Tesoro era alguien a quien se debía temer y vigilar. Suyo era el oro del imperio y no había ni un solo noble que no le profesara el mayor de los respetos, ya fuese por miedo o por interés. La tan conocida como temida Guardia del Tesoro, que Regor controlaba, se encargaba de recaudar y custodiar todo el dinero del imperio. Era imposible escapar de la Guardia del Tesoro.

–Exacto... –asintió Regor.

El mercader tomó las cerezas restantes y las depositó en su boca enorme. Valdor lo observó mientras reflexionaba sobre la última bravata de Regor. ¿Cuánto hacía que Marfor no hacía acto de presencia? No sólo el Consejo de los Cinco, sino en cualquier otro acto. Su nombre era susurrado con temor por los que recordaban sus cruentas hazañas del pasado, pero, con el paso de los años, su autoridad y prestigio se habían difuminado demasiado. Sólo un puñado de hombres y mujeres podían decir que habían visto a Marfor en los últimos años, pero el resto de habitantes del imperio –ya fueran campesinos, comerciantes, artesanos, soldados o nobles– lo consideraban casi una figura legendaria. Un fantasma del que se decía que no comía ni dormía y que, sumido en una vigilia insomne, los vigilaba desde su Sala del Trono.

«El miedo es lo que mantiene unido al imperio», reflexionó Valdor con tristeza.

Estaba convencido de que, mientras Marfor mantuviera su poder, mientras su vida inmortal perdurara, mientras su nombre se susurrara con un atisbo de temor, ni la mayor de las conjuras, ni el mayor ejército podría acabar con él. El soberano era un gobernante invisible, que, como un dios, mantenía sus dominios sujetos entre sus dedos, con su mirada fría puesta en los corazones de todos.

Valdor tragó saliva a la vez que contenía un escalofrío. ¿Sería Marfor un dios? ¿Era posible vencer?

La sutil intuición de Regor interrumpió el hilo de sus pensamientos:

–Nuestro amado Lando se retrasa. ¡Qué poco habitual! –comentó con aire falsamente aburrido.

–No creo que se retrase mucho más –zanjó Valdor, que no tenía ganas de hablar.

Pero Regor, ya fuera por molestarlo o por espantar un supuesto tedio, prosiguió:

–Una nueva sesión del Consejo de los Cinco, esta vez con sólo dos consejeros presentes. ¿Me lo parece a mí o el gobierno de Kansid se debilita cada día más?

Regor se limpió el último reguero rojo de su barbilla y depositó la fuente vacía sobre la mesa.

–Pronto seremos más. Pero sí, estando Franz ausente he de admitir que el peso del cargo ha aumentado para mí. Más decisiones, más responsabilidad... –apuntó Valdor en tono neutro.

No pensaba mostrar sus pensamientos a Regor así como así.

–... y más poder –apostilló Regor, pero Valdor no reaccionó–. Pero, bueno, dejemos de hablar de intrigas. ¿Estás nervioso por el enlace? Todo Maregard habla de la boda de tu hijo.

–Algo nervioso, sí –contestó Valdor esquivando la mirada de Regor–. Aunque estoy más feliz que inquieto. Son muchas las cosas por hacer, pero valdrá la pena tanto esfuerzo –añadió sin poder evitar sonreír.

Hizo desaparecer en cuanto pudo la sonrisa de su rostro, pero ya era demasiado tarde.

–Franz ya estará en Kansid para entonces. Doy por supuesto que has invitado a los miembros del Consejo.

«Quiere provocarme», reflexionó Valdor con frialdad. No quería entrar en el juego de Regor. Por una vez, el maestro del Tesoro no era la pieza más poderosa del tablero. No pensaba desperdiciar energías tratando de neutralizarla.

–Por supuesto que lo he hecho. Mi mayor anhelo es que el rey acuda a la boda, pero sería demasiado arrogante por mi parte pensar que eso ocurrirá. No obstante, los consejeros ya tienen reservado un

puesto distinguido en el enlace –repuso Valdor, poniendo un énfasis equívoco en la palabra «distinguido».

Regor le respondió con una amplia sonrisa. Así eran las disputas entre los altos dignatarios del imperio. Un guerrero empuñaba su espada y cargaba contra su oponente para partirlo en dos, mientras que los mandatarios imperiales empleaban la mordacidad sonriente. Y el resultado podía ser igual de destructivo si no se contaba con una buena protección.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio hasta que unos pasos sonaron tras la puerta. Ésta se abrió y ante ellos apareció figura formidable de Lando Crandor, maestro de las Espadas. Lo era desde hacía cuatro años tan sólo, pero atravesaba la sala con la seguridad de un señor de la guerra y la altivez de un monarca. Llevaba la cabeza rasurada casi por completo, y era alto y muy robusto. En su peto argénteo un hábil artífice había cincelado el escudo familiar de los Crandor: un león rugiente atravesado por una flecha dorada. Su enorme espada pendía de un talabarte de cuero. Parecía un guerrero a punto de entrar en batalla, la típica imagen de los héroes de los libros.

–Al fin, el consejero perdido aparece –comentó Regor mientras se acomodaba en la silla real.

–¿Qué hace ahí sentado, lord Gradio? –preguntó Lando en tono amenazante.

–Descansar, pues llevo caminando desde que el sol ha aparecido por...

–Ocupáis la silla del rey, abandonadla de inmediato –ordenó Lando clavando su mirada rabiosa sobre el mercader.

El maestro del Tesoro también lanzó una mirada airada hacia Lando, pues no le gustaba que lo interrumpieran. Su sonrisa taimada se esfumó de su rostro y, con deliberada lentitud, se levantó y se sentó en su puesto, frente a Valdor. Éste contempló cómo Lando se sentaba también, aparentemente ignorando la provocación infantil de lord Gradio.

Desde que Lando, tan roqueño de cuerpo como granítico de mente, ocupó el cargo de maestro de las Espadas en el Consejo, a Valdor le fue evidente que entre él y el maestro del Tesoro no tardarían en saltar chispas. Lando, un fervoroso servidor de Marfor y de

Franz, no soportaba el pavoneo y la falta de disciplina de Regor. Normalmente, Franz templaba la inquina de los dos consejeros con su mera presencia, pero con el maestro de Maestros ausente, nada podía evitar las riñas entre unos hombres tan dispares.

–Te has retrasado, Lando. ¿Algo imprevisto ha exigido tu atención? –preguntó Valdor, verdaderamente intrigado.

–Si me he retrasado, es en parte por vuestra culpa, milord –replicó Lando claramente molesto. El hombre de armas tomó una jarra llena de vino del centro de la mesa y se sirvió con generosidad. Antes de proseguir bebió un largo trago–. Muchos grandes señores están llegando a Kansid, acompañados por sus familiares, amigos, guardias y sirvientes. ¡Cien personas por cada señor! ¡Y, al parecer, todos han decidido presentarse a la vez! –Lando vació la copa y se sirvió de nuevo–. Así que he de mantener el orden en la ciudad más habitada de Oris con un tercio de mi guardia y el doble de gente pululando en ella. ¿Sabrías decirme cómo? –preguntó el soldado con sorna lastimera.

–Agradece a Valra y a nuestro monarca tus dificultades, Lando. Tus hombres, al mando de la consejera, están a cientos de millas de aquí, atacando una vieja torre –intervino Regor.

El rostro de Lando enrojeció de súbito, y el maestro del Tesoro supo que había metido el dedo en la llaga. Regor conocía, como Valdor y muchos otros, la enorme sorpresa y la cólera a duras penas contenida que Lando Crandor experimentó al saber que sería Valra, y no él, quien comandaría la fuerza conquistadora contra la Resistencia. Aquel nombramiento suponía una humillación evidente para quien era la máxima autoridad militar del imperio.

–El agradecimiento no se cuenta entre mis virtudes, lord Gradio. No obstante, no dudéis ni por un instante que mantendré el orden en esta ciudad, aunque al final tenga que ser yo mismo quien atraviese a todos los ladrones y malnacidos con mi espada.

–Nadie esperaba menos de ti, milord –contestó Regor Gradio con ironía.

–¿Se sabe algo de la campaña, entonces? ¿Ha alcanzado ya Valra la torre? –preguntó Valdor para evitar otro enfrentamiento.

–Así es –confirmó Lando–, y al parecer el primer golpe ha sido inesperado y devastador. La Resistencia ha resultado ser una banda

de ancianos y renegados, incapaces de hacer frente al poder de las tropas imperiales.

–Entonces, ¿ya hemos vencido? –apostilló Regor con exagerado regocijo.

–No aún –aclaró Lando con enfado, así que vació su segunda copa–, pero pronto lo haremos. La torre ofrece dificultades a un ataque directo y, al parecer, cada nivel cuenta con muros y puertas fortificadas. Los defensores son pocos, pero las fuertes murallas les proporcionan protección suficiente para aguantar por lo menos dos meses, antes de su capitulación definitiva. Es, por lo tanto, una cuestión de tiempo, y no sé por qué razón Valra necesita tantos hombres para derrotar a un enemigo tan débil –añadió Lando, cuya lengua empezaba a estar demasiado suelta a causa del vino.

–En cualquier caso, la Resistencia será aniquilada y, con ello, desaparecerá el último enemigo del imperio. La paz prometida y tan ansiosamente esperada se acerca al fin –comentó el mercader–. ¿Tú qué opinas, Valdor?

–Pienso que es un asunto que no merece la pena discutir. Valra es la líder del ejército imperial y, como tú mismo has dicho, Lando, es sólo cuestión de tiempo que venza al enemigo. Creo que tenemos entre manos otros asuntos más urgentes e importantes –afirmó sin inmutarse.

–¿Cuáles son, si se puede preguntar? –inquirió Regor.

–Derak, Derak *el Inmortal*, así se hace llamar.

El tono de Valdor era duro.

–Un asunto grave. Eso es lo que ocurre cuando se deja crecer la mala hierba... Si no se arranca de raíz puede invadir todo el jardín –reflexionó Regor.

–No es más que un pirata de poca monta con demasiada fama. Sí, lleva meses atacando los pueblos costeros de Tarpost y Parnón, pero sólo villas pequeñas, mal defendidas y con poco botín –comentó Lando.

–El «pirata de poca monta» ha reclutado más hombres. Los últimos informes de Tarpost hablan ya de tres barcos. No podemos dejar que esto se nos vaya de las manos –le contradijo Valdor.

–¿Me estáis echando algo en cara, lord Arsent? –masculló Lando–. ¡Si Valra no se hubiera llevado a casi todos mis efectivos al otro

lado del océano ya habría aplastado a esos bandidos y la cabeza del Inmortal estaría clavada en lo más alto de los muros de Kansid! Según vos, ¿debería movilizar mis guardias en la ciudad y enviarlos a la costa?

Valdor vio que la cara de Lando había adquirido un color encarnado subido. Pese a su rectitud e inflexibilidad, bebía demasiado. Estaba seguro de que aquellas dos copas no eran las primeras que había tomado aquel día.

—Nadie te echa nada en cara, y si fuera necesario buscar un responsable, éste no serías tú. Sólo afirmo que debemos estar vigilantes y mantener a raya a ese pirata, si no que queremos que se convierta en un problema mayor. Derak es demasiado famoso y está reuniendo bajo su mando a muchos renegados y desesperados. Sus pillajes le permiten alimentar a los desamparados que acuden a él. Esos campesinos empobrecidos serán leales al primero que les ofrezca algo de comida a ellos y a sus familias —argumentó Valdor.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —se preguntó Lando, algo más calmado—. Mis propios hombres reciben raciones más escasas, incluso aquí mismo, en la capital del imperio. —Lando miró al mercader, que jugueteaba mojando su dedo en el jugo rojo que habían dejado las cerezas en su plato—. Tal vez el maestro del Tesoro no tenga dinero para alimentar al pueblo. O tal vez sean sus amigos nobles los que están acumulando alimentos por temor a no poder engordar más.

Regor dejó de jugar y posó su mirada cargada de odio en Lando. Valdor sabía que el mercader estaba muy enojado. Mencionar su sobrepeso era algo que, pese a lo burdo del insulto, siempre provocaba la ira del maestro del Tesoro. Ambos maestros llevaban tanto tiempo detestándose que ya conocían los puntos débiles del otro a la perfección.

—Las arcas del Tesoro están perfectamente, milord, pero me temo que no existe lugar donde comprar grano o carne por ahora. Los Guerreros de la Marca sagrada no aceptan nuestras monedas de oro impuro, y los territorios del norte y los de los *slavens* son un páramo desértico donde es imposible conseguir nada que valga la pena. Curiosamente, las costas del reino *karck* proporcionarían la piedra con el que nuestros vecinos del sur sí que comerciarían. Tal vez la familia

Crandor podría abastecer a toda la isla de Ardalion con sus propias reservas. He oído que este año ha acumulado grandes cantidades de grano a base de negar su parte a los miles de aparceros que han trabajado las propiedades de la familia. Sin duda, el noble y honrado Lando Crandor no me aconsejaría hacer algo que ni su propia familia practica.

Las palabras de Regor Gradio hicieron mella en Lando, cuyo rostro volvió a encenderse.

—Si el maestro de maestros estuviera aquí ninguno de vosotros se atrevería a proferir semejantes afirmaciones —los interrumpió Valdor, harto del intercambio de pullas—. La gente se muere de hambre y, con independencia de quién sea el culpable, debemos encontrar una solución. Es preciso que los nobles cedan parte de sus reservas a los campesinos de sus territorios para evitar rebeliones. ¿Os parece adecuado? —Lando y Regor asintieron al unísono—. Bien, me encargaré de redactar la orden. Espero darla a conocer a los consejeros y que la hagan efectiva de inmediato. ¿Algún asunto más que tratar?

—Sí —dijo Regor, mientras del interior de su túnica extraía un rollo de papel y lo desenrollaba con afectación—. Franz regresará en menos de un mes, y al parecer regresa acompañado. —Valdor y Lando miraron al otro con extrañeza, pero Regor no pareció darse cuenta y siguió hablando—: El maestro de Maestros nos informa de que el rey *karck* ha caído. Al parecer, Franz ha aprovechado una guerra interna para hacerse con el control de la capital y subyugar al monarca, con la ayuda de sus tropas y las de los habitantes humanos de la región. A partir de hoy, el reino *karck* se convierte en una parte más del imperio humano, un nuevo territorio del soberano, al igual que cualquiera de las islas de Maregard.

Valdor no pudo evitar abrir los ojos de par en par, estaba impresionado. ¿Cómo era posible que con sólo mil hombres y doce magos Franz Smuggler hubiese logrado dominar el vasto territorio *karck*, cuya extensión era el doble de la del imperio?

—Esto es difícil de creer. ¿Ya no existe el reino *karck*? ¿Ha desaparecido así, de la noche a la mañana? No puede ser —exclamó Lando, que estaba igual de sorprendido que Valdor.

—Es una noticia impactante, no cabe la menor duda, pero es cierta. La capital está en poder de Franz, con la anuencia del rey *karck*,

al igual que el resto de las poblaciones importantes del reino. El rey es un rehén en su propio palacio y, mientras lo siga siendo, los *karcks* harán todo lo que Franz y los nobles humanos digan.

—¿Y quién gobernará el territorio, ahora que Franz regresa? —preguntó Valdor.

—Alber Avendor, un noble humano, juntamente con el antiguo rey *karck*. Ambos serán corregentes. Franz afirma que con ello se asegura de que los *karcks* obedecerán, a pesar de que el gobierno será humano. Es una mentira un poco cruel... —comentó Regor con una sonrisa pícaro.

—¿Lo sabe el rey? —preguntó Valdor con inquietud.

—Aún no, he recibido este mensaje hoy mismo y vosotros sois los primeros en conocerlo.

—¿No os dais cuenta de vuestra osadía, lord Gradio? Marfor debería ser informado de la enorme conquista de Franz antes que nadie —lo amonestó Lando, ya recuperado de su asombro.

—Te recuerdo, Lando, que en el Consejo de los Cinco también participa el rey, o ésa fue la intención de Marfor cuando lo creó. Si el monarca no asiste a él, por los motivos que sean, no se me puede acusar de nada, pues yo cumplo el protocolo que él mismo estableció —replicó Regor.

Lando no supo qué contestar y decidió inquirir sobre otros asuntos:

—¿Y las minas? ¿Qué pasará con la *sliab*, la piedra o el hierro?

—No me parece que todos los *karcks* vayan a aceptar esta nueva situación —meditó en voz alta Valdor—. Muchos se rebelarán y, sabiendo lo importantes que son esos recursos para nosotros, se harán fuertes en las minas. Debemos evitar que las minas *karck* se amotinen. ¿Tiene Franz eso previsto?

—Según el informe, no debemos preocuparnos por eso. Las materias primas seguirán llegando y, ahora que los *karcks* no controlan las minas, el suministro se incrementará. Pero sugiero que le preguntemos a Franz sobre este aspecto cuando regrese.

—Habéis dicho que Franz vuelve acompañado. ¿Quién viene con él? —quiso saber Valdor.

—Lo siento, milord, Franz no especifica quién viene con él. Los orbes de la Orden de Apolda no lo dicen. Debemos esperar.

Regor alzó la vista y pareció inspeccionar con gran interés las pinturas que decoraban el techo de la sala.

Valdor asintió, pero su mente estaba ya concentrada en las implicaciones de la noticia. Ningún otro tema podía ser más importante que ése, y nada más podía saberse al respecto de momento. La reunión del Consejo llegó a su fin. Lando abandonó la sala, no sin comunicarles que se disponía a informar al rey enseguida. Tal vez pretendiera ganarse el favor del soberano, pero Valdor sabía que la reacción de Marfor sería fría.

«Al soberano no le importa su imperio», se dijo, ensimismado.

Tenía cosas que hacer y no podía perder tiempo. Recordó un informe procedente de la prisión de Ferth, en el que se exponía su escasez de guardias de los últimos meses. Se le había olvidado comentarlo en el Consejo. Daba igual, era un asunto menor y ya tendría tiempo de tratarlo con los otros consejeros en la reunión siguiente.

Se levantó para irse, pero Gradio habló:

–Valdor, espera, ¿me puedes dedicar unos momentos?

–Si lo que buscas es un poco de charla, Regor, me temo que hoy no es un buen día.

–No te voy a entretener demasiado, no podía decirte esto durante el Consejo.

«Delante de Lando», pensó Valdor. Sintió curiosidad y se volvió a sentar, expectante.

Sintió una presencia detrás de él. Al instante, Valdor se dio la vuelta y se puso en tensión, preparado para defenderse. Entonces un joven rubio retrocedió y se arrodilló ante él.

–Mil perdones, milord... no pretendía asustaros –se disculpó el sirviente, que le ofreció una caja negra alargada.

–Me temo que no podré asistir a la boda de tu hijo, Valdor. Hay unos asuntos que me obligan a alejarme de Kansid durante un tiempo y, aunque deseo fervientemente ir, no podré estar presente en el enlace. Es por eso que quiero entregarte ya el regalo de tu hijo.

Valdor observó con desconfianza el presente que le ofrecía. Había que ser precavido con los regalos de Gradio, pero, aunque no le apetecía aceptarlo, no estaba en su mano rechazarlo. No tuvo más remedio que tomar la caja de las manos del criado, que desapareció al instante entre reverencias.

–¿No sientes curiosidad sobre el contenido de la caja? –preguntó Regor con el tono de un niño travieso.

«Es un regalo para mi hijo, que sea él quien lo abra», decidió Valdor, pero enseguida cambió de idea. Ignoraba el contenido del paquete, y si provenía de Regor había que sospechar. Así que, ante los ojos atentos del maestro del Tesoro, abrió los cerrojos y levantó la tapa de la caja.

Lo que vio fue el broche adecuado para una jornada repleta de sorpresas. Valdor era un amante de las armas. Las paredes y vitrinas de su casa estaban llenas de ellas, pues durante años, cuando no estaba tan ocupado como entonces, se había dedicado a investigar sobre las más relevantes de la historia, las más legendarias, y a coleccionarlas.

–¿Cómo has logrado...? –fue lo único que pudo articular Valdor.

–El oro, mi buen amigo, el oro todo lo puede... Absolutamente todo –argumentó Regor mientras observaba con regocijo la cara fascinada de Valdor.

En el interior de la caja estaba la espada de Ardalion IV, una joya de los maestros armeros y orfebres de antaño, cuya pista se había perdido hacía muchos años, durante la última batalla del rey. Se decía que el propio Marfor la había destruido, pero ahí estaba. Los grabados de la empuñadura eran inconfundibles e inimitables: dos serpientes de plata con ojos de rubíes, que reptaban sobre la hoja y se entrecruzaban hasta acabar abriendo sus bocas frente a un sol de zafiro azul marino de brillo fulgurante.

–Espero que este presente sea digno del hijo del maestro de Leyes, un joven, según he oído, valeroso, fuerte y leal como su padre –susurró Regor al oído de Valdor.

Valdor Arsent volvió a la realidad de improviso. Aquella espada era un regalo envenenado, por muy halagadoras que fueran las palabras del maestro del Tesoro.

–Es éste un presente único y valiosísimo, Regor, pero si él o yo la mostrásemos en público, proyectaría una imagen equivocada sobre mi hijo y nuestra familia.

Regor rio y posó su mano sobre el hombro de Valdor. Pese a que el maestro de Leyes era más alto, el peso del brazo de Regor le hizo encogerse un ápice.

–Nadie ha dicho que debas utilizarla, ni tú ni tu hijo. Colgadla de una pared y admiradla los dos en privado, como una reliquia de tiempos pasados.

–Con esa condición la acepto –contestó Valdor.

Acababa de darse cuenta de que estaba cansado. Sólo deseaba regresar a su casa, descansar. Olvidarse de las triquiñuelas e intrigas de la corte, aunque fuera durante unas pocas horas.

Regor, en cambio, parecía al fin satisfecho. Mientras se dirigía a la puerta, le dijo:

–Conserva la espada con cuidado, Valdor. Vivimos tiempos agitados, y uno nunca sabe hacia dónde soplará el viento mañana. ¿Quién sabe si volverá a ser empuñada de nuevo?

Sin darle tiempo a responder, lo dejó solo, con dudas crecientes sobre si había hecho bien aceptando el regalo. Sintió que le temblaban las piernas. No obstante, pudo reponerse y, agarrando con fuerza la caja de la espada, se irguió y abandonó la Cámara de los Cinco sin miedo y con dignidad.

* * *

Era de noche cuando Valdor llegó a la villa familiar, un caserón de dos pisos y diez habitaciones, que, en comparación con el resto de villas nobles de Kansid, era una mansión modesta, más propia de un mercader de baja condición que de un consejero imperial. De hecho, estaba construida lejos de la zona noble de la ciudad, pues la casa era en realidad propiedad de su esposa, Nera, cuyos orígenes eran mucho más humildes que los suyos. No obstante, para Valdor los orígenes plebeyos de su mujer no tenían la menor importancia. Supo que la amaba desde el mismo instante en que la vio. Hizo caso omiso a la oposición de su familia y a las habladurías de los nobles y se casó con ella. Lo dejó todo por ella y lo seguiría haciendo.

Valdor sonrió amargamente. De hecho, ya lo había hecho.

Depositó la caja con la espada de Ardalion IV sobre su mesa de trabajo, tomó papel, pluma y tinta y se puso a escribir. De vez en cuando, levantaba la vista del papel y echaba un vistazo a la caja. Decidió que la espada seguiría oculta para todos en el interior de la caja. Nera apareció y le trajo la cena: un poco de pan y algo de queso cu-

rado. Cuando terminó de escribir, acercó el papel a la vela para releer lo escrito:

Mi muy estimado lord Kessar:

Os escribo lleno de satisfacción, al ver que el día tan esperado por vos y yo se aproxima. El enlace lleva meses preparándose y en pocos días los preparativos habrán acabado y todo llegará a su feliz término. El primer día tras la primera luna llena de otoño, nuestras dos familias se unirán para siempre.

Los invitados ya están llegando a Kansid con toda clase de presentes para la ocasión. Son muchos y preciosos regalos, aunque puedan parecer escasos y de poca importancia ante la excelencia, belleza y virtudes que adornan a los jóvenes novios. Es mi más ferviente deseo que el día de la boda todos nuestros invitados puedan compartir con nosotros la alegría de la que vos y yo ya disfrutamos.

Por supuesto, esperamos que acudan tantos invitados como sea posible. Es en estas ocasiones señaladas cuando hay que valorar la fortaleza de los lazos de amistad y respeto que nos unen con nuestros próximos y amigos.

Os mando un saludo afectuoso, con la esperanza de poder estrechar vuestra mano en breve.

VALDOR ARSENT, *maestro de Leyes*

Valdor leyó tres veces la misiva y se dio por satisfecho. Dobló la hoja con cuidado y la cerró con lacre, en el que estampó su sello. Tenía las piernas agarrotadas, pero al menos ya había realizado todas las tareas.

«Un día menos», pensó, sin saber si sentía alegría o temor.

Bajó las escaleras en silencio, hacia el salón, donde encontró a Nera y su doncella sentadas al fuego. Ambas aprovechaban la luz proveniente del fuego de la chimenea, su mujer para leer y la criada para realizar un bordado.

«Esta paz no durará mucho», reflexionó con amargura.

Su mujer, que tenía muy buen oído, levantó la vista hacia él y le dedicó una hermosa sonrisa, cálida y acogedora.

–Déjanos solos –le ordenó a la doncella, sin que Valdor tuviera que realizar gesto alguno.

Cuando la criada abandonó el salón, Nera se acercó a Valdor y lo abrazó con afecto. Valdor besó a su mujer con pasión, casi como si fuera el último, y, por alguna razón, el maestro de Leyes así lo sentía.

–Ha sido un día complicado –dijo Valdor.

–Y tú te has mantenido firme. Sé que lo has hecho –respondió Nera abrazándolo con más fuerza.

Valdor sintió que su pesada carga desaparecía. Como una buena armadura, aquel abrazo lo hizo sentirse más seguro de sí mismo. Agradeció a Ivinar y a Bator que Nera estuviera a su lado. Nera era su sostén, la persona que lo mantenía en pie cuando él creía no poder hacerlo. Estaba seguro de que, sin Nera, se habría derrumbado mucho tiempo atrás.

–¿Has terminado la carta? –preguntó Nera sin dejar de abrazarlo. Al ver que Valdor no respondía añadió–: Estamos solos, amor mío.

–Sí... –contestó.

–¿Qué te ocurre? –preguntó Nera, apartándose y mirándolo a los ojos.

Como siempre, su mujer podía saber de inmediato que algo le preocupaba.

Valdor lo había estado pensando, había contemplado hablar con su hijo sin decírselo a su mujer. Pero no podía dejarla un lado. Ella corría el mismo riesgo que él, o incluso más.

–Tenemos que decírselo, Nera. Él tiene que saberlo –afirmó Valdor con rotundidad.

Su mujer, al parecer, intuía qué le rondaba la cabeza, pues no se mostró sorprendida. En vez de asombro, su rostro dibujó una expresión de tristeza contenida.

–No podemos hacerlo, Valdor. Sabes cómo es Aron, no lo entenderá. Nos jugamos demasiado en esto –contestó Nera, conciliadora.

–¿Y si lo llega a saber por otros medios? ¿Cómo se sentirá cuando se dé cuenta de que todo ha sido una mentira, que lo hemos utilizado? ¿Y si no sale bien, y si morimos? ¿No crees que será peor eso que lo que pase si se lo contamos?

–Aún es un muchacho. Y él no ha pedido saberlo, no...

–¡Yo tampoco pedí saberlo! –aulló Valdor apartándose de Nera. Estaba agotado, al límite. Soportaba demasiada presión y se lo aca-

baba de hacer pagar a la persona que más amaba—. Te pido perdón...
—farfulló a modo de disculpa.

—No tienes nada por lo que pedir perdón —Nera posó su mano sobre su mejilla. El tacto suave le hizo sentir mejor—. Tú eres quien más sacrifica en todo esto. Tuya es la decisión. Decidas lo que decidas, te apoyaré.

La cara de Nera mostraba la sinceridad más absoluta. Agradecía el gesto de su mujer, pero, por otro lado, no deseaba ser el único responsable de la reacción de su hijo ante la verdad.

—¿Se lo contarás? —insistió ella.

—Aún no lo sé.

Sólo deseaba dormir. Descansar un rato. ¿Por qué tenía que ser él? Los había más valientes, más astutos, pero no, sólo podía ser él. Muchísimas vidas dependían de ello, no únicamente las de los habitantes de Kansid o del imperio entero, sino también las de quienes se sacrificaban por el éxito de la empresa. Se debía a ellos sobre todo.

—Sólo... sólo avísame cuando lo hagas —dijo Nera con una sonrisa.

—Lo haré.

Valdor se acercó a su esposa y la besó otra vez.

—Debo irme, Valdor, regresaré, no temas.

—Sé que sabrás cuidarte —dijo Valdor, y le entregó la carta que acababa de escribir.

—Volveré —le aseguró.

Lo besó por última vez y abandonó la sala.

Valdor quedó solo en el salón, acompañado de la luz y el chasquido de los troncos ardiendo en la chimenea. Lo habían escogido a él, a la única persona posible de todo Harleck, para derrotar a Marfor y ocupar su puesto. Él, Valdor, era quien debía acabar con la tiranía del imperio y llevar la verdadera paz a quienes habitaban en él. Él daría la victoria a la Resistencia y vengaría a las víctimas de los atroces crímenes de Marfor y los suyos. Él devolvería a los nobles su antiguo esplendor y protegería a los débiles. Él sería justo, magnánimo, leal, valiente y honorable. Él se convertiría en rey.

Y no estaba preparado.